

sus colonias; cariño paternal hácia aquellos indios, niños de la raza humana á quienes queria dar en tutela al viejo mundo, y no como esclavos á opresores; olvido de las injurias, magnanimidad en el perdon á sus enemigos; religiosidad, en fin, virtud que comprende y diviniza todas las demas, cuando llega al grado en que la atesoraba el alma de Colon; presencia constante de Dios en su espíritu, justificacion en la conciencia, misericordia en el corazón, gratitud al Señor en los triunfos, resignacion en los reveses, adoracion siempre y en todas partes.

Ninguno conocemos más completo, y pudiera decirse que comprende muchos en uno solo. Digno era de personificar el mundo antiguo ante aquel mundo desconocido, al que iba á ser el primero en abordar, llevando á aquellos hombres de otra raza todas las virtudes del viejo continente, sin uno solo de sus vicios. Inmensa fué su influencia en la civilizacion. Completó el universo y terminó la unidad fisica del globo, adelantando infinitamente más de lo que habia adelantado hasta entóuces, la obra de Dios, LA UNIDAD MORAL DEL GÉNERO HUMANO. Esta obra, á la que Colon contribuia en medida tal, era, en efecto, demasiado grande para que obtuviese por recompensa la imposicion de su nombre al cuarto continente de la tierra. No lleva su nombre América; pero el género humano, que él aproximó y reunió, lo proclamará siempre en todo el globo.

## GUTTENBERG.

f.

La imprenta es el telescopio del alma. Así como el instrumento óptico llamado *telescopio*, aumentándolos, acerca á los ojos todos los objetos de la creacion, tanto los átomos como los astros del universo visible; así la imprenta acerca y pone en comunicacion inmediata, continua, perpétua, el pensamiento del hombre aislado con todos los pensamientos del mundo invisible, en el pasado, en el presente y en el porvenir. Hase dicho que los caminos de hierro y el vapor suprimian la distancia, y decirse pueda que la imprenta ha suprimido el tiempo. Gracias á ella, todos somos contemporáneos. Yo hablo con Homero y Ciceron; los Homeros y Cicerones de los siglos venideros conversarán con nosotros, de suerte que es posible vacilar ántes de decidir si la prensa tiene tanto de verdadero sentido intelectual que Guttenberg reveló al hombre, como de máquina material. Sin duda alguna, entran en ella papel, tinta, caracteres, cifras, letras que caen bajo el dominio de los sentidos; pero al mismo tiempo salen pensamientos,



sensaciones, moral, religion, es decir, una parte del alma del género humano.

Antes de hablar del inventor, examinemos el fenómeno.

L

No constituyen al hombre los sentidos solamente, puesto que los brutos los tienen como nosotros, y algunos infinitamente más delicados, más fuertes é infalibles que los nuestros. Al hombre lo constituye el pensamiento; pero el pensamiento existe en nosotros como si no existiese mientras no se revela á sí mismo y á los demás por medio de la palabra.

Si la palabra no es el pensamiento, es su manifestación necesaria y simultánea. Mientras el hombre no pudo decir «¡Pienso!» no pensó; soñó, tuvo instintos, pero no ideas; inteligencia fué sin duda, pero inteligencia cautiva, aletargada en el silencio y la noche de los sentidos, á la manera que el fuego duerme en la pólvora, pero que no estalla hasta que poniéndose en contacto la chispa, le da llama, luz y libertad.

La chispa que da al pensamiento llama, luz, libertad, energía en el hombre y en la especie humana, es la palabra, es el *verbo*, como le llamaban los antiguos, que, bajo este nombre, hacían de una facultad verdaderamente divina, cierta cosa intermedia entre el hombre y Dios. Razon tenían: la palabra es la revelación del alma al alma. Ahora bien; ¿quién sino Dios podía hacer al alma, obra y misterio suyo, esta revelación de sí misma?

Por esta razón no nos inclinamos á creer que la palabra nació espontáneamente como casual balbu-

ceo en los labios del hombre primitivo, que de siglo en siglo fué atribuyendo vagas significaciones á sonidos inarticulados y dando á los demás hombres, sobre el sonido, encadenamiento y significación de estos vagidos humanos, lecciones que no había recibido él.

Para llegar de esta manera desde el murmullo instintivo á la palabra, de la palabra al acuerdo unánime sobre el sentido de las palabras, del sentido de algunas palabras al verbo y á la frase, del verbo y de la frase á la sintaxis lógica, de esta sintaxis á la lengua de Moises, de David, de Ciceron, de Confucio, de Racine, necesario sería suponer al género humano más siglos de existencia en este globo de barro, que estrellas visibles é invisibles tiene la vía láctea; necesario sería también suponerle innumerables siglos de embrutecimiento, durante los cuales, él, género humano, sér esencialmente moral é intelectual, habría buscado en vano, de la misma manera que los brutos, su instrumento de moralidad y de inteligencia, sin poder encontrarle hasta pasados millares de generaciones sin palabra, y por consiguiente sin inteligencia ni moralidad. ¡Muda y sorda la humanidad durante cien mil años!... Temería blasfemar al creer este misterio.

Prefiero creer en el otro, es decir, en el misterio paternal del Criador inspirando por sí mismo á su criatura la palabra, el verbo, la expresión innata que á primera vista da á las cosas nombre apropiado á su forma y naturaleza; porque nombrar las cosas con su propio nombre, es verdaderamente crearlas otra vez.

Si la primera palabra debió enseñarla á la primera lengua aquel que hizo la inteligencia y el sentimien-



to para comunicarse, el pecho para que vibrase el sonido de todas las fibras tensas y conmovidas de nuestras pasiones á manera de clave interior, completo siempre, que llevamos en nosotros mismos; el que hizo la lengua para articular, los labios para pronunciar, y la voz para lanzar al exterior los ecos del alma.

De los restos de aquella lengua primitiva y perfecta, descompuesta merced á decadencias intelectuales, formaríanse sin duda las otras lenguas diferentes é imperfectas, á la manera que las piedras de un templo arruinado forman lentamente en el desierto albergues para las caravanas.

### III.

Dada, encontrada ó inventada la palabra, muchos siglos habian de pasar aún antes de llegar á este otro fenómeno: encerrar el pensamiento material é invisible en signos visibles y materiales, grabados en una sustancia palpable.

Este fenómeno es la escritura.

La escritura traslada el pensamiento de un sentido á otro.

La palabra comunica el pensamiento, por medio del sonido, de la boca al oído; la escritura se apodera al paso del impalpable sonido, lo transforma en signos ó en letras, y comunica así el pensamiento de la mano á los ojos.

Los ojos lo comunican al alma por medio de esa relacion, perpétuamente misteriosa, que existe entre nuestra inteligencia y nuestros sentidos; y hé aquí convertida la palabra en visible y palpable, de invisible é inmaterial que era.

¿Hay milagro comparable á este?

Ignórase en realidad quién inventó la escritura. Todo lo que es casi divino es anónimo. Ningún hombre puede dar su nombre personal á un descubrimiento evidentemente colectivo y que pertenece á la humanidad entera; pero no puede dudarse que en esto obraron los hombres solos y no el mismo Dios.

Convertida la palabra en hecho, sólo restaba llevarla del oído á los ojos. Difícil era en verdad la obra; pero al fin era obra humana.

Por la escritura adquirió la palabra dos cualidades inseparables, que no habia tenido mientras fué hablada y fugitiva como el sonido. La palabra escrita obtenia perpetuidad y trasmisibilidad, convirtiéndose, por tanto, en eterna y universal. Posible era ya conservarla siempre y escucharla en todas partes.

### IV.

Desde el día en que fué escrita la palabra, la humanidad, en perpétuo coloquio consigo misma, á pesar de la distancia y á pesar de la muerte, realizó progresos de civilización inmensos y casi no interrumpidos, quedando, como Dios, presente á todos los tiempos. Enriquecióse con el pasado, cultivó el presente y elaboró para lo venidero. Escribió sus ideas, sus cantos, sus historias, sus leyes, ciencias, artes, religiones, su tierra y su cielo. Dejó inmóviles, por decirlo así, sus ideas fugaces, é hizo los manuscritos de las instituciones.

La civilización de cualquiera comarca del globo casi siempre se resume en una sola manifestación: *el libro*. El universo no fué otra cosa que *Biblias*.



Zoroastro, Moises, Confucio, Mahoma fueron, respectivamente, otros tantos libros, otras tantas civilizaciones, otras tantas morales, legislaciones, filosofías, dogmas, teologías, apoderándose sucesivamente del mundo ó disputándose para poseerlo. En la actualidad el mundo pertenece al libro más santo y universal.

Un millon de manos empuñaron la caña del egipcio, la pluma del griego, el stilo del romano; cogieron el papyrus, la corteza del palmero, el pergamino de la Edad Media, el papel del europeo, y se apresuraron á grabar en todas las lenguas la palabra, convertida en objeto de fe para el espíritu, objeto de comercio para el arte, objeto de transporte para la industria, y multiplicáronse los manuscritos en incalculable proporción sobre la tierra.

La China, nuestra abuela en inventos, era la única que poseía, con una lengua tres veces más perfecta que las nuestras, una especie de estereotipia ó imprenta que vulgarizaba entre sus innumerables pueblos las ideas, la moral, las leyes y la religión. Fuera de allí, la mano del hombre era la única máquina del espíritu.

La profesion de copistas era de las más numerosas, distinguidas y lucrativas; manteniendo millares de ellos los libreros que revendían las copias, les pagaban el salario y realizaban ganancias sobre el pensamiento. En Roma y en las grandes ciudades de Grecia y Asia, existían barrios especiales donde se hacía el tráfico de las ideas y de la palabra escrita. Los ricos tenían esclavos escogidos, comprados á elevados precios y á los que trataban con más familiaridad que á los otros, exclusivamente dedicados á copiar para sus bibliotecas las obras célebres de la antigüedad ó de sus épocas. El Gobierno

mantenia considerable número para sus edictos, y los oradores para sus discursos. Más adelante, en el Bajo Imperio, los eunucos, raza degradada y privilegiada á la vez, fueron los encargados en Bizancio de copiar las obras maestras de la antigüedad griega, romana y hebraica. Ultimamente los monjes, copistas voluntarios, fueron los que se dedicaron, en el silencio de los claustros, á la multiplicación de la palabra sagrada ó de la palabra profana, copiando y recopiando millares de ejemplares de la Biblia, del Evangelio y de los autores ilustres de la antigüedad, contribuyendo poderosamente al renacimiento de las letras.

De la misma manera que los esclavos y los eunucos, aquellos monjes, alimentados y vestidos gratuitamente en los conventos que fundaba y dotaba la munificencia de los reyes, de los grandes de la tierra ó de los fieles, podían dar á módico precio publicidad á los trabajos del espíritu, no necesitándolo sa ario, puesto que, enriquecida su orden religiosa con los dones y bienes de la religion, proveía á todas sus necesidades.

Muy poco despues, aquellos manuscritos, ocupacion de sus ocios para los monjes, profesion manual y comercial para los seglares, llegaron á ser objetos de arte que dieron ocasion á obras maestras de paciencia, de caligrafía, de miniatura, de dibujo á pluma y de colorido á pincel.

El arte de la imprenta, por perfeccionado que se encuentre hoy, no ha igualado aún, ni tal vez igualará nunca, á algunos de esos manuscritos sobre cuyas páginas, como sobre los templos de Jerusalem, de Roma ó de Colonia, han pasado millares de manos y se han consumido sucesivamente vidas enteras de religiosos ó de artistas.



Sin embargo, este medio de reproducción de la palabra escrita tenía dos inferioridades inmensas relativamente á la imprenta. Era lento y caro; no producía suficiente número de copias para las necesidades del consumo indefinido de lectores, y únicamente podían tener bibliotecas los ricos.

Los resplandores del espíritu eran privilegios de la Iglesia, de los príncipes, de las cortes y de los afortunados de la tierra, no descendiendo jamás á las últimas zonas del pueblo. La sociedad tenía la cabeza en la luz y los piés en la sombra. Faltaba otra facultad á la palabra escrita: la rapidez.

El periodismo, que con vertiginosa velocidad la lleva en cortas horas y pequeño volúmen de un extremo á otro de cualquier imperio, no podía existir. La palabra era libro, nunca página; no se monetizaba bastante para circular de mano en mano en todo el universo, como el óbolo del día, y quedaban grandes vacíos y prolongados silencios en el coloquio del espíritu humano consigo mismo. Por consecuencia de esto, los progresos de la verdad, de la ciencia, de las letras, de las artes, de la política eran lentos, y quedaban suspendidos durante largos períodos.

## V.

Tal era todavía en 1400 el estado de la palabra humana. Necesitábase una revolución de la mecánica para preparar las innumerables revoluciones del pensamiento que la Providencia se reservaba realizar en la humanidad por mano de un oscuro mecánico; siendo lo más notable que este mecánico, cual si la Providencia le inspirase proféticamente

no obró el prodigio por casualidad ó cupidez, como tantos otros inventores. No, obrólo por piedad y con la santa pasión y conciencia perfecta de lo que quería realizar. Desde sus primeros años hablase dicho:

«Dios padece en la multitud de almas á las que no puede descender su santa palabra; la verdad religiosa queda cautiva en el corto número de libros manuscritos que guardan el tesoro comun en vez de propagarlo. Rompamos el sello que cierra las cosas santas, demos alas á la verdad, y que por medio de la palabra, no escrita con grandes gastos por la mano que se cansa, sino multiplicada como el aire por infatigable máquina, vaya á buscar á toda alma que venga á este mundo.»

## VI.

El hombre que tan hermosas palabras se decía á sí mismo y se proponía el problema para resolverlo ó perecer en la demanda, era Guttenberg.

Juan Gensfleisch Guttenberg de Sorgeloch nació el año de 1400 en Maguncia, ciudad libre y opulenta de las orillas del Rhin. Su padre, Freile Gensfleisch, casó con Elsa de Guttenberg, que dió su nombre á su segundo hijo Juan.

Probablemente, si Maguncia, su patria, no hubiera sido ciudad libre, aquel hijodalgo no habría podido concebir ni realizar en ella su invento. El despotismo, como la superstición, impone silencio, y habría ahogado el eco universal é irresistible que el genio del hombre meditaba crear á la palabra.

La imprenta y la libertad debían nacer en el mismo suelo y respirar el mismo aire.



Maguncia, Strasburgo, Worms y otras ciudades municipales del Rhin, se gobernaban entónces bajo la suzeranía del imperio, como repúblicas federativas, de la misma manera que Florencia, Génova, Venecia y otras repúblicas de Italia.

De tiempo en tiempo disputábanse la superioridad, como en todas partes, la guerrera nobleza, la floreciente clase media y el laborioso pueblo, que flotaba entre una y otra, halagado y oprimido sucesivamente. La vanidad ó el interés suscitaban luchas civiles, en las que unas veces quedaba la victoria por los patricios y otras por los plebeyos, dando por resultado vencedores, vencidos y proscritos. Esta es la historia de todas las ciudades, de todas las repúblicas y de todos los imperios. Maguncia era una miniatura de Roma ó de Atenas; pero los proscritos no tenían que cruzar los mares para alejarse de la patria; salían de las murallas, atravesaban el Rhin, los de Strasburgo dirigiéndose á Maguncia, los de Maguncia á Strasburgo, y esperaban que la fortuna favoreciese á su partido, ó les llamasen conciudadanos.

## VII.

En estas luchas intestinas de Maguncia, el jóven Guttenberg, que combatía por la causa más santa á los ojos de un hijo, la de su padre, quedó vencido por la clase media, siendo desterrado, con todos los caballeros de su familia, fuera del territorio de la ciudad, quedando solas la madre y las hermanas en posesión de sus bienes, como víctimas inocentes á quienes no se imputaba el crimen de su nobleza. No fué

largo aquel destierro, quedando restablecida la paz con el regreso de los proscritos. Pero á los diez y nueve años de edad, en 1420, Guttenberg fué desterrado otra vez á consecuencia de vana querella sobre presidencia en las ceremonias públicas, con ocasión de la entrada solemne del emperador Roberto, acompañado del arzobispo Conrado, en Maguncia.

La ciudad libre de Francfort se ofreció esta vez como mediadora entre los nobles y plebeyos maguntinos, consiguiendo el regreso de los primeros, aunque en condiciones de igualdad con la clase media en las magistraturas del gobierno. Pero Guttenberg, bien porque su valor en la guerra civil le hubiese hecho más temible y hostil á la clase media, bien que su orgullo, alimentado con las tradiciones de raza, soportase con trabajo el peso de los plebeyos, ó bien que diez años de destierro y estudios en Strasburgo hubieran dirigido su pensamiento hácia un objeto más noble que vanos honores en una república municipal, se negó á volver á su patria.

Su madre, que desde Maguncia velaba por su hijo, pidió á la república le asignase módica pensión sobre la renta de sus bienes confiscados; pero la república contestó que la negativa á regresar á su ciudad era declaración de guerra por parte del jóven patricio, y que no pagaba pensiones á sus enemigos; quedando Guttenberg, que se obstinaba en su destierro voluntario y en su desden, reducido á vivir de los ocultos socorros de su madre.

Pero de tal popularidad gozaba ya en Strasburgo, merced á su carácter y á sus estudios, que pasando un día el primer magistrado de Maguncia por territorio de la ciudad, los amigos de Guttenberg le prendieron y encerraron en un castillo, y no consintieron en devolverle la libertad hasta que Magun-



cia firmó un tratado por el que devolvía al proscrito su patrimonio.

Así, pues, aquel jóven, aquel gran tribuno del espíritu humano, que con su invento iba á destruir para siempre las preocupaciones de raza, y con el tiempo á devolver libertad é igualdad civiles á todos los plebeyos del universo, empezaba su vida, ignorada aún, por combates de castas contra el pueblo, á la cabeza de los nobles de su patria. Complácese la fortuna en estos contrastes. Pero creciendo, con la edad, la razón de Guttenberg, iba á reunir en estrecho abrazo aquel pueblo y aquellos patricios que se miraban como enemigos.

## VIII.

La restitucion de sus bienes permitió al jóven Guttenberg satisfacer sus gustos literarios, religiosos y artísticos, viajando de ciudad en ciudad para visitar á los hombres de todas condiciones, célebres por su ciencia, su arte y hasta por su oficio. Gozaban entónces los artesanos en Alemania casi del mismo rango que los artistas, siendo aquella la época en que, apénas descubiertos los oficios, se confundían con las artes, y en que las profesiones más humildes producían sus primeras obras maestras, que se admiraban como prodigios á causa de la novedad.

Guttenberg viajaba solo y á pié, llevando á la espalda la maleta con su ropa y libros, como estudiante que visita las escuelas ó artesano que busca maestro.

De esta manera recorrió las orillas del Rhin, Italia, Suiza, Alemania y después Holanda; pero no

sin objeto, no como quien deja vagar su imaginacion al capricho de sus pasos, sino llevando siempre consigo su pensamiento fijo, cual voluntad inmutable movida por un presentimiento.

Este pensamiento fijo consistía en difundir con la Biblia la palabra de Dios sobre mayor número de almas; siendo por tanto la religion la que buscaba, en aquel jóven apóstol ambulante, criba sembradora que derramase en la tierra una sola semilla, é iba á encontrar sembrador de millares de granos diferentes. Gloria grande es para la imprenta que la religion y no la industria la haya dado al mundo. Solamente el celo religioso era digno de inventar el instrumento de toda verdad.

Iguórase qué procedimientos mecánicos combinaba entónces Guttenberg en su imaginacion; pero una circunstancia casual le hizo abandonarlos todos y acercó á su descubrimiento.

Encontrándose en Haarlem, en Holanda, el sacristan de la catedral, llamado Lorenzo Koster, con quien se habia ligado con amistad curiosa, le enseñó en la sacristía una gramática latina para la instruccion de los seminaristas, ingeniosamente reproducida por medio de caracteres tallados en una tabla de madera. El azar, ese revelador gratuito, habia engendrado aquel boceto de la imprenta.

## IX.

El jóven y pobre sacristan de Haarlem estaba enamorado, y cuando en primavera paseaba los dias de fiesta fuera de la ciudad, entregándose á sus ilusiones, sentábase bajo los sauces, en las orillas de los canales. Llevando en el corazon la imagen de su



amada, complaciase, como todos los enamorados, en grabar con su cuchillo la primera letra del nombre de ésta y de su propio nombre enlazadas, como rústico símbolo de la union de sus almas y de sus destinos. Pero en vez de grabar aquellas letras en la corteza para que creciesen con el árbol, de la misma manera que se ven tantas cifras misteriosas en los linderos de los bosques y en las orillas de los arroyos, esculpíalas en pedacitos de sauce, despojados de la corteza, exudantes aún de savia primaveral, llevándolos á la que amaba en testimonio de recuerdo y esperanza.

Habiendo tallado un día las letras en madera verde, y seguramente con más perfeccion que de ordinario, envolvió su obra maestra en un pedazo de pergamino y se le llevó á Haarlem. Cuando á la mañana siguiente desenvolvió el pergamino, quedó asombrado al ver perfectamente reproducida la cifra en él y en color oscuro, merced al relieve de las letras, cuya savia habia exudado durante la noche reproduciendo la imágen. Esto fué una revelacion para él.

Talló otras letras en una tabla, reemplazó la savia con un líquido negro, y obtuvo la primera plancha de imprenta. Pero no podia imprimir mas que una página; faltaban la movilidad é infinita combinacion de los caracteres que los multiplican en proporcion indefinida segun las necesidades de la palabra escrita.

El procedimiento del pobre sacristan Koster hubiese cubierto la superficie de la tierra con planchas talladas en hueco ó en relieve, y no habria conseguido reemplazar una caja de imprenta móvil. Sin embargo, el gérmen del arte habia brotado en la sacristía de Haarlem, y dudarse podria en atribuir la

gloria á Koster ó á Guttenberg si en el uno no hubiese sido el invento completamente casual, como don del amor, y en el otro conquista de la paciencia y del genio.

## X.

Al contemplar aquella tosca plancha, bróto la luz para Guttenberg. En su pensamiento la analiza, la descompone, la compone, la modifica, la disloca, la ajusta de nuevo, la invierte, la cubre de tinta y la somete á la presion de un tornillo. Extrañando el sacristan su largo silencio, presenciaba sin saberlo la eclosion de una idea incubada durante diez años en el cerebro de Guttenberg, que cuando se retiró llevaba un arte completo consigo.

## XI.

Como aquel que posee un tesoro, y no duerme ni descansa hasta ponerlo en paraje secreto, salió Guttenberg de Haarlem á la mañana siguiente; remontó apresuradamente las orillas del Rhin, llegó á Strasburgo, se encerró en su laboratorio, construyó por sí mismo herramientas, tanteó, rompió, volvió á empezar, arrojó de nuevo, comenzó otra vez sus ensayos y consiguió al fin una prueba de impresion sobre pergamino con caracteres movibles horadados lateralmente con un agujerito, ensartados y reunidos por medio de un hilo á guisa de cuentas cúbicas de rosario, que en una faceta tuviesen en relieve una letra del alfabeto.

Alfabeto tosco, pero sublime; conjunto de veinti-



cuatro letras que se multiplicarán como las ovejas del patriarca y que concluirán por llenar el globo de caracteres, en los que encarnará un elemento nuevo é inmaterial: el pensamiento.

## XII.

Dominado por el entusiasmo que le inspiraba el triunfo, durmió trabajosamente aquella noche, y tuvo un sueño, que refirió despues á sus amigos. Tan profético y próximo á la verdad fué aquel ensueño que, al leerlo, dudarse podría si fué presentimiento meditado de sabio despierto ó delirio febril de artesano dormido.

Hé aquí el relato ó la leyenda de aquel ensueño, conservado en la biblioteca del consejero áulico Beck:

«Un hombre de pálida frente, lengua barba y mirada fija, encontrábase delante de una mesa, con la cabeza apoyada en una mano, en una celda del convento de Arbogasto: aquel hombre se llamaba Juan Guttenberg. De tiempo en tiempo levantaba la cabeza y brillaban sus ojos como iluminados por luz interior; en estos instantes se pasaba la mano por la barba con rápido movimiento de alegría: y era que el solitario de la celda buscaba un problema cuya resolución entreveía. De pronto levantóse Guttenberg lanzando un grito, grito que era expansión de un pensamiento por mucho tiempo comprimido.

«Juan corre á un baul, lo abre, saca un instrumento cortante, y en seguida, con nerviosos movimientos, comienza á tallar un pedacito de madera. Aquellos movimientos revelaban alegría y ansiedad, cual si temiese perder su idea, diamante que habia

encontrado y que queria tallar y fijar para la posteridad.

«Guttenberg trabajaba con febril actividad; cubriase de sudor su frente, y sus ojos seguian con fijeza el progreso de su obra. Asi trabajó mucho tiempo, pero el tiempo le pareció corto.

«Al fin bañó la madera en un líquido negro, la colocó sobre un pergamino, y aplicó la mano cargando sobre ella todo el peso del cuerpo, é imprimió la primera letra que habia tallado en relieve. Contempló su obra, y de sus labios brotó otro grito, el grito de éxtasis del genio satisfecho; cerrando en seguida los ojos con tal beatitud, que podrian haberla envidiado los santos del Paraíso, cayó sobre un escabel.

«Cuando iba apoderándose de él el sueño, murmuraba:—¡Soy inmortal!

«Entonces tuvo un sueño que turbó su alma.

«Escuché dos veces—dice—dos voces desconocidas y de timbre distinto, que alternativamente me hablaban en el espíritu. Una me decia:

«¡Regocíjate, Juan, eres inmortal! ¡En adelante, y merced á tí, se propagarán todas las luces por el mundo! Los pueblos que viven á millares de leguas de tí, extraños á los pensamientos de nuestro país, leerán y comprenderán todos los pensamientos mudos hoy, y que por tí y por tu obra se extenderán y multiplicarán como reverberaciones del fuego. ¡Regocíjate, Juan, eres inmortal; porque eres el intérprete que esperaban las naciones para conversar entre sí! ¡Eres inmortal, porque tu descubrimiento va á dar perpetua vida á los genios que sin tí habrian muerto recién nacidos, y que por gratitud proclamarán sucesivamente la inmortalidad del que les inmortaliza!»



»Calló la voz y dejóme en el delirio de la gloria. Pero oí la otra voz que me decía:

«¡Sí, Juan, eres inmortal! ¡Pero á qué precio! ¿Por ventura el pensamiento de tus semejantes es siempre bastante puro y bastante santo para merecer que se entregue á los oídos y á los ojos del género humano? ¿No hay muchos, quizá el número mayor, que ántes merecerían mil veces ser ahogados y aniquilados que repetidos y multiplicados en el mundo? Con mucha más frecuencia es perverso el hombre que sabio y bueno: profanará el don que le haces, y abusará del nuevo sentido que le creas. Más de un siglo te maldecirá en vez de bendecirte. Nacerán hombres cuyo espíritu será poderoso y seductor, pero con soberbio y corrompido corazón. Sin tí, permanecerían en la sombra, encerrados en estrecho círculo, y solamente habrían acarreado desgracias á los más próximos y á sus días; por tí, llevarán vértigo, calamidades y crímenes á todos los hombres y á todas las edades. ¡Mira esos millares de jóvenes pervertidos por libros cuyas páginas destilan los venenos del espíritu! ¡Mira esas jóvenes inocentes, infieles, duras para los pobres, merced á libros que les harán beber los venenos del corazón! ¡Mira esos padres avergonzados por sus hijas! Juan, ¿no es demasiado cara la inmortalidad que cuesta tantas lágrimas y angustias? ¿Deseas la gloria á ese precio? ¿No te estremece la responsabilidad que gloria tal hará pesar sobre tu alma? Créeme, Juan: vive como si nada hubieses descubierto. Considera tu invento como ensueño seductor, pero funesto, cuya ejecución solamente sería útil y santa si el hombre fuese bueno... Pero el hombre es malo, y prestar armas al malvado, ¿no es participar de sus crímenes?»

»Desperté con el horror de la duda, y por un momento vacilé; pero consideré en seguida que los dones de Dios, si peligrosos algunas veces, nunca son malos, y que dar un instrumento más á la razón y á la noble libertad humana, era ensanchar el campo de la inteligencia y de la virtud, divinas las dos; y me dediqué, por consiguiente, á la ejecución de mi descubrimiento.»

(Sueño traducido por M. Garaud, en Strasburgo, del manuscrito original).

## XIII.

Abarcando Guttenberg con una sola mirada el inmenso alcance moral é industrial de su invento, comprendió que no bastarian para él su débil mano, corta vista y módica fortuna.

Experimentaba á la vez dos necesidades contradictorias: la de tomar auxiliares para los gastos y trabajos mecánicos, y la de ocultar á estos auxiliares el secreto y fin verdadero de aquellos trabajos, por temor de que, divulgada ó usurpada la invención, le arrebatasen la gloria.

Fijó la vista en los nobles y ricos patricios que conocía en Strasburgo y Maguncia; pero como probablemente le rechazarían á causa de la preocupación que dominaba entónces á la nobleza sobre el trabajo manual, preocupación que no permitía al caballero convertirse en artesano sin degradarse, vióse obligado á degradarse él mismo, hacerse artesano, asociarse con ellos y confundirse con el pueblo para elevar al pueblo á todos los niveles de la moralidad y de la inteligencia.

So pretexto de trabajar en comun en obras de



maravillosa y nueva industria, como bisutería, relojería, talla y engaste de piedras preciosas, hizo un contrato de asociación con dos vecinos acomodados de Strasburgo, llamados Andrés Dritzehen y Juan Riffe, baillo de Lichteneau, y después con Fausto, platero y banquero de Maguncia, cuyo nombre confundido con Fausto, hechicero popular y maravilloso de Alemania, familiar de los misterios y confidente de los espíritus, hizo se atribuyese á la magia la invención de la imprenta; y últimamente asocióse con Heilman, cuyo hermano acababa de fundar en Strasburgo la primera fábrica de papel.

## XIV.

Con el fin de ocultar á sus socios por todo el tiempo posible el objeto real de la empresa, Gutenberg se dedicó efectivamente con ellos á varias industrias artísticas y secundarias. Continuando en secreto sus investigaciones mecánicas para la imprenta, trabajaba al mismo tiempo en público en diversos oficios. En Dritzehen enseñaba el arte de lapidario; pulimentaba por sí mismo el cristal de Venecia para construir espejos; tallaba estos cristales en facetas; engastábalos en marcos de cobre, y los enriquecía con figuritas de madera, representando personajes de la fábula, de la Biblia ó del Evangelio.

Estos espejos se vendían en la feria de Aquisgran, aumentaban los fondos de la sociedad y ayudaban á Gutenberg en los gastos secretos destinados á realizar y perfeccionar su invento. Para ocultarlo mejor á la inquieta curiosidad pública, que comenzaba á sospechar de hechicería á Gutenberg,

salió éste de la ciudad, estableciendo sus talleres en las ruinas de un antiguo monasterio abandonado, llamado convento de Arbogasto. La soledad de aquel paraje, habitado únicamente por mendigos de los arrabales, ocultó sus primeros ensayos.

En el fondo de aquellos espaciosos claustros, entregados á sus ocios para trabajos ménos secretos, se había reservado Gutenberg una celda para él solo, celda cerrada siempre con llaves y cerrojos, y en la que nadie podía entrar. Creíase que se dedicaba en ella á dibujar los planos, arabescos y figuritas de la bisutería y marcos de espejos; pero en realidad pasaba los días y las noches consumiéndose en insomnios y en fatiga para la aplicación de su descubrimiento.

Allí tallaba en madera sus letras móviles; medítala fundirlas en metal, y buscaba laboriosamente la manera de sujetarlas en ramas de madera ó de hierro para formar palabras, frases, líneas y páginas reproducidas en papel.

Inventaba betunes de colores, oleosos y secos á la vez, para la reproducción de los caracteres; bruzas ó rodillos para extender aquella tinta sobre las letras, y tornillos y pesos para comprimir.

Meses y años consumía, al mismo tiempo que su fortuna, y con ella los fondos de la asociación, en estas pruebas, ensayos, triunfos y reveses.

Habiendo construido al fin en pequeño una prensa que le pareció reunir todas las condiciones de la imprenta, según la concebía entonces, ocultó el modelo bajo la capa, y entrando en la ciudad, fué á casa de un hábil tornero en madera y metales, llamado Conrado Saspach, que habitaba en la encrucijada Mercier, para encargarle la construcción en grande; y á la vez recomendó el secreto, di-



ciéndole solamente que era aquella una máquina con la que se proponía ejecutar obras maestras de arte y de mecánica, cuyos prodigios se verían después.

Cogió el tornero aquel modelo, lo examinó detenidamente con el desden que el artesano hábil suele mostrar por los bocetos, y le dijo con acento algo burlon:

—Lo que me pedís, messire Juan, es sencillamente una prensa.

—Sí,—respondió con tono grave y exaltado Gutenberg;—es una prensa en efecto; pero prensa tal que de ella ha de salir en inagotables raudales el licor más abundante y maravilloso para calmar la sed de los hombres. Por ella recobrará Dios su Verbo, y manará una fuente de verdad pura. Esa prensa será un astro nuevo que disipará las tinieblas de la ignorancia y hará que luzca sobre los hombres claridad desconocida hasta hoy.

Dicho esto, se retiró.

Nada comprendió el tornero de aquellas palabras, pero construyó la máquina y la llevó al monasterio de Arbogasto.

Aquella fué la primera prensa.

Al entregarla á Gutenberg, el tornero comenzó á sospechar algún misterio.

—Veo claramente, messire Juan,—dijo á Gutenberg,—que teneis en realidad comercio con los espíritus celestes, por lo que, en adelante, os obedeceré como á un espíritu.

## XV.

En cuanto tuvo Gutenberg la prensa comenzó á imprimir.

Poco se sabe acerca de los primeros libros que salieron de su máquina; pero el carácter profundamente religioso del inventor no deja duda acerca de la clase de obras á que debió consagrar las primicias del arte. Segun todas las probabilidades, debieron ser libros sagrados.

El arte inventado para Dios, y por inspiracion divina, comienza siempre por Dios. Atestiguanlo así las impresiones posteriores de Maguncia: los divinos cantos de los Psalmos y la célebre Biblia latina fueron las primeras páginas que salieron en Maguncia de la máquina que inventara Gutenberg, y que se aplicó al uso de los afectos humanos más piadosos: el entusiasmo lírico por el Criador, y el gemido terrestre por nuestros destinos. La alabanza y la plogaria fueron, bajo las manos de aquel hombre piadoso y desgraciado, los dos primeros gritos de la prensa, por lo que debe ser perpétuamente glorificada.

No existen detalles ni en Strasburgo ni en Maguncia, donde los hemos buscado, sobre las primeras impresiones auténticas, porque, fuera por humildad ó por orgullo, Gutenberg no puso su nombre en ninguna de aquellas obras de tipografía.

Creian unos que se abstenía de firmar por sentimiento de modestia cristiana, que le impedía atribuir á nombre humano la gloria que referia por completo al divino inspirador de su invento; otros creen que no firmó porque en su época aquellas



impresiones eran obra industrial y servil que hubiese degradado á su familia y nobleza, haciéndole perder su rango en la patria.

Sabemos solamente, por un acta de donacion hecha á su hermana Hebele, religiosa en el convento de Santa Clara de Maguncia, que la puso en posesion de libros piadosos que habia impreso en Strasburgo, prometiéndola enviarle sucesivamente todos aquellos que saliesen de su prensa.

Empero grandes tribulaciones le esperaban al dia siguiente de su triunfo. Ya hemos visto que la necesidad de reunir fondos para su empresa le obligó á buscar socios; y la necesidad de auxiliares para los multiplicados trabajos de una grande imprenta le obligó á poner en conocimiento de aquellos socios y de otros muchos artesanos el mecanismo de su obra y hasta el secreto del procedimiento.

Cansados los socios de suministrar fondos para una empresa que, por falta de consumo, no les remuneraba aún, se negaron á proseguir aquella obra ingrata. Rogóles Guttenberg que no le abandonasen en el momento en que ya tocaba á la fortuna y á la gloria, pero no consintieron en proporcionarle nuevos subsidios sino á condicion de entrar en participacion completa de todos aquellos misterios, de todos sus beneficios, de toda su propiedad y de toda su gloria, y por el éxito de la obra les vendió su fama.

Lo asociacion absorbió al inventor y desapareció el nombre de Guttenberg, quien al propio tiempo no era más que un artesano de su propio taller.

Las tripulaciones á quienes Cristóbal Colon dió un nuevo mundo le trajeron encadenado en su propia nave.

## XVI.

No fué esto todo. Los herederos de uno de los socios le intentaron un proceso disputándole el invento, la propiedad y explotacion de la obra, y le llevaron ante los jueces de Strasburgo para hacerle condenar á no sabemos qué despojo más formal y jurídico que el voluntario á que se habia condenado él mismo.

Grande fué su vacilacion delante de los jueces. Era necesario, para justificarse, entrar en detalles técnicos acerca de aquel arte que no queria divulgar aún por completo, deseando conservar al ménos para él solo el misterio de sus esperanzas.

Curiosos los jueces, le estrechaban con preguntas insidiosas, que por las respuestas hubiesen revelado el secreto de todos sus procedimientos.

Guttenberg las eludia, prefiriendo la condenacion á la divulgacion de su arte.

Queriendo los jueces conocer bien el invento que preocupaba la imaginacion del pueblo, citaron á los obreros de más confianza de Guttenberg y les intimaron declarasen lo que supieran; pero aquellos hombres sencillos y honrados, que estimaban profundamente á Guttenberg, se negaron á toda revelacion, quedando más segura en su corazon la propiedad de su maestro que en el de sus ávidos asociados. En virtud de esto, nada pudo saberse de los últimos misterios del arte.

Arruinado Guttenberg, condenado, expulsado quizá, se retiró solo é indigente á Maguncia para comenzar allí de nuevo sus trabajos y reconstruir su vida y su gloria.



Era joven aún, y el ruido de su proceso en Strasburgo había popularizado su nombre en Alemania; pero regresaba como artesano á una patria de la que salió como caballero. La humillacion, la indigencia y la gloria luchaban en su destino y en las miradas de sus conciudadanos; solamente le reconoció el amor por lo que había sido y por lo que había de ser algun dia.

## XXII.

Hé aquí lo que sobre el particular dicen las tradiciones locales, y lo que atestiguan dos monumentos auténticos de los archivos de la catedral de Strasburgo del año de 1437, uno en el que consta que la señora Aneta de la Puerta de Hierro, esposa de Gutenberg, hizo un donativo á la catedral para tener derecho á inscribir su nombre en la lista de bienhechores, y asegurar por este medio sufragios para ella y sus descendientes; y el otro hace mencion de su fallecimiento.

Cuando los plebeyos vencedores de la nobleza expulsaron por segunda vez á Gutenberg, amó una joven, noble como él, de la ciudad de Strasburgo. Llamábase Aneta de la Puerta de Hierro, apellido de su casa, tomado sin duda de la posesion de algun castillo feudal de las montañas del Rin.

Amóla Gutenberg tambien con la pasion ardiente, formal y caballeresca de aquellos tiempos de fidelidad, y mutuamente se prometieron por escrito el matrimonio.

No se creyó desligada de su promesa la joven por la pobreza y desgracias de su amante, y le guardó su juventud, belleza y corazon.

A su regreso al territorio de Maguncia, debía Gutenberg reclamar el cumplimiento de la promesa ó retirar la prenda de su propia fe que también había jurado, pero no lo hizo. Sea que temiese arrastrar á Aneta, joven, noble y honrada, á la humillacion é indigencia en que había caido él, sea que el convencimiento de su degradacion por los trabajos mecánicos le hiciese indigno á sus propios ojos del rango feudal de su raza, imposibilitándole para aspirar á sangre noble, es lo cierto que Gutenberg no reivindicó la fe prometida, ni quiso retirar la suya, esperando la rehabilitacion y dias mejores de que hacer participar á la que amaba.

Su humildad y escrúpulos le hicieron resistir á las tiernas instancias de su prometida, y solamente pudo vencerlos intimacion jurídica hecha ante la magistratura de Strasburgo, para que cumpliera la promesa de matrimonio que había jurado en otro tiempo.

Esta intimacion de Aneta de la Puerta de Hierro á su amante existe todavía hoy como el único monumento auténtico de su matrimonio.

Gutenberg cedió al fin á esta generosa violencia del amor, y se casó con Aneta. Sus hijos no vivieron.

La herencia y el heredero de los grandes hombres es su invento y el género humano.

Despues de la sentencia en el proceso de 1439, que dejaba á Gutenberg dueño de su secreto, condenándole solamente á pagar una indemnizacion á los herederos de Andrés Dritzehen, abandonó los claustros del monasterio de San Arbogasto, y volvió á la ciudad de Strasburgo, estableciéndose en la casa de Thiergasten y montando en ella su primera imprenta.



tal vez sea curioso observar que el emplazamiento de aquella casa es actualmente la plaza del Liceo, cual si un gran designio hubiese señalado de antemano aquel paraje para que, después de fijar las ciencias por la tipografía, fuese el destinado á su propagación por medio de la enseñanza.

Cuando en 1446 se vió obligado Gutenberg á abandonar á Strasburgo, dejó en él las tradiciones de su arte en sus colaboradores y obreros iniciados en su invento y procedimientos; así es que vemos á Mentel ó Mentelin, notario público, que no se hizo inscribir ciudadano de Strasburgo hasta 1447, y á d'Eckstein, canónigo de la catedral, quienes, ayudados con fondos que suministraba el convento de los cartujos, y sin haber trabajado por sí mismos en aquel arte tan poco común entónces, se establecieron tipógrafos y procedieron con grandísima celeridad á dar á luz una Biblia alemana.

Otras muchas obras aparecieron sucesivamente con la firma de la imprenta de Mentel, quien rápidamente se enriqueció, mientras que, arrojado por la miseria, el desgraciado Gutenberg volvía fugitivo á Maguncia.

La fortuna, que había aumentado la influencia de Mentel, y la rivalidad que subsistía entre las ciudades independientes de Maguncia y Strasburgo, favorecieron sus ambiciosos deseos de sustituir su nombre al de Gutenberg, consiguiéndolo tan por completo, que á los pocos años quedó olvidado ó voluntariamente separado Gutenberg y proclamado en Strasburgo Mentel como inventor del *arte divino*, estableciéndose fiestas en su honor.

## XVIII.

De regreso en Maguncia, y libre de la miseria y ruina, merced á la mano de una mujer amada, como Mahoma por su primera esposa, entregóse completamente Gutenberg á su arte; asocióse con Fausto y con Schœffer, yerno de éste; montó sus talleres, y publicó, bajo el nombre de sus socios, Biblias y Psalterios con admirable pureza de caracteres.

Schœffer había sido muchos años calígrafo, y había hecho el comercio de manuscritos en Paris. Sus viajes y trato frecuente con artistas de esta ciudad, le habían dado á conocer procedimientos mecánicos para el empleo de los metales, que aplicándolos á la imprenta á su regreso á Maguncia, le suministraron medios nuevos para fundir en plomo las letras móviles en matrices de cobre mucho más precisas, dando de esta manera completa limpieza á los caracteres.

Por este nuevo procedimiento se imprimió el Psalterio, primer libro que lleva su fecha y que se dió á luz en 1457. Poco después apareció la Biblia de Maguncia, reconocida como obra maestra del arte, impresa bajo la dirección de Gutenberg, con caracteres fundidos por el procedimiento de Pedro Schœffer.

El alcance de aquel nuevo arte, que empezaba por la vulgarización de libros sagrados, bajo los exclusivos auspicios de la Iglesia, escapó durante los primeros años á la corte de Roma, que vió auxilios allí donde muy pronto había de ver agrosos.

«En el número de los beneficios recibidos de Dios



bajo vuestro pontificado, y por los que debemos alabarle.—dice una dedicatoria de aquel tiempo á Paulo II, soberano pontífice,—se cuenta este invento que permite á los más pobres comprar bibliotecas á bajo precio. ¿No es altamente glorioso para Vuestra Santidad que volúmenes que ántes costaban cien piezas de oro, no cuesten hoy más que cuatro y á veces ménos, y que los frutos del genio, presa en otro tiempo de los gusanos bajo el polvo en que quedaban sepultados, comiencen bajo vuestro reinado á resucitar y á extenderse con profusion sobre la tierra?»

La ciudad de Venecia prestó muy pronto sus preces á las controversias religiosas, imprimiéndose en lengua slava las obras de Juan Hus en 1490, veinte años apénas despues de la muerte de Guttenberg.

Francia habia invitado en 1480 á los impresores alemanes á establecerse en Paris, distinguiéndose muy especialmente Luis XI por la cordial acogida que otorgó á la tipografía y la generosa proteccion que dispensó al nuevo arte.

En Paris se intentó un proceso contra Fausto por haber vendido Biblias impresas adornadas con viñetas, como manuscritas, á precios exorbitantes, y existe un recibo firmado de su mano en Paris en 1468, de un ejemplar de una obra de Santo Tomás de Aquino, vendido en el enorme precio de quince escudos de oro.

El Parlamento de Paris absolvió á Fausto, por indicacion de Luis XI, atendiendo á que aquellos libros eran producto de un invento nuevo desconocido aún en Francia. El mismo Rey desistió de sus derechos de fisco con ocasion de la muerte de Herman Statters, que vendía en Paris libros impresos por Schœffer, los cuales, segun las leyes de aquel

tiempo, eran propiedad de la Corona, por muerto de extranjero.

«Considerando—dice la ordenanza—la utilidad que obtiene y puede obtener la cosa pública del arte de la imprenta, tanto por el aumento de la ciencia como por otras causas, etc., etc., hemos condescendido liberalmente en hacer restituir la cantidad de 2.428 escudos y 3 reales torneses á los herederos, etc...»

Despues de los libros sagrados, el primero que se imprimió contenia las obras de Ciceron; no pensándose hasta el tiempo de León X, es decir, un siglo despues del invento de Guttenberg, en reglamentar y encadenar la imprenta.

## XIX.

El banquero Fausto y el artesano Schœffer, los nuevos colaboradores de Guttenberg, no tardaron en sucumbir como Mentel ó Montelin en Strasburgo á la tentación de apropiarse insensiblemente su gloria, su propiedad más halagüeña, porque es la inmortalidad, esperando, como tantos otros, engañar á lo porvenir, si no conseguían engañar al presente.

Despues de haber reconocido en una epístola dedicatoria del Tito Livio, traducido al alemán, impreso por Juan Schœffer, y dedicado al emperador Maximiliano, «que el arte de la imprenta habia sido inventado en Maguncia por el sublime mecánico Juan de Guttenberg,» olvidaron esta confesion, y siete años despues usurparon para sí mismos todo el mérito y honor del descubrimiento.

Poco tiempo despues, el emperador Maximiliano,